



PROYECCIÓN

Á R. Monner Sans.

I

En el comedor del gran balneario de... (¿qué importa el nombre?; todos los grandes balnearios son idénticos), en aquel refectorio internacional desesperantemente europeizado, moderno, aséptico, charolado, inexorable de impersonalismo y exactitud cronométrica, donde no quedaba resquicio á lo imprevisto, á lo espontáneo, á lo pintoresco y local, á lo humano, respirábase un aura de corrección y monotonía, de aislamiento individual, de *britanización* secante, irresistible para hombres de mi expansividad y meridionalismo explosivo. Acaso al recortarse con brioso personalismo en el desvaído ambiente de congelación moral adquirieron ante mi sensibilidad

acumulada exagerado relieve y poder sugestivo aquellas dos figuras femeninas; ello fué que la doble aparición barrió mi aburrimiento, inspirándome, como por reacción y desquite, un interés punzante, casi doloroso de puro agudo, que llegó á convertirse en obsesión hecha de los dos febriles anhelos que nos apasionan por dramas, novelas ó crímenes sensacionales: *interés y curiosidad*. Cuando ambas fuerzas se unen, la multitud—en teatros ó salas de Audiencia, ó en el agotar volúmenes de escándalo—llega á la locura; y eso mismo ocurrele al individuo, que también *es multitud* por dentro. Y no le ocurre sólo —¡á Dios gracias!—con lo criminal ó pornográfico: sucédele más entrañablemente con lo patético, lastimoso y enigmático de la vida; con el *caso psicológico*, con el *misterio de dolor* ó de *pasión* que se consume calladamente en cada prójimo. Y como yo padezco del pícaro vicio profesional de querer leer en los *textos vivos* y bucear en las conciencias, todo concurrió á excitar la fiebre de interés curioso que en mí prendieron las incógnitas. Convengamos en que lo merecían: eran «de las que llaman la atención», de las que pasan siempre entre ovaciones ó bajo tiros de maledicencia; nunca inadvertidas. Culminaban por la estatura; sorprendían por la atrevida esbeltez y audaz elegancia de sus modernísimas siluetas, por el aplomo vencedor de su andar y de sus gestos, por la fúlgida nitidez de su colorido y por la invasora violencia de sus perfumes: su presencia era, pues, irrupción agresiva contra el

sexo fuerte. Pero no excitaban sólo la sensualidad, como las bellezas profesionales—¡protesto!—; solicitaban todo el interés del alma, singularmente una de ellas, ó... singularmente el contraste que entre las dos estallaba crudo, sugestivo, apasionante.

¿Quiénes eran ellas? Desde luego españolas; eso lo aspiré en el aire cuando entraron, aunque en España hubiesen dicho que «parecían extranjeras»: tan natural era su elegante exotismo. Pero ¿quiénes eran? Y, sobre todo, ¿qué era la una respecto de la otra? ¿Hermanas? Imposible; no se parecían, ni se acordaban con esa armonía de contrarios que es ley entre las hermanas—ley psicofísica que no se explica y se impone—. ¿Madre é hija? La diferencia de edades, aunque visible, no bastaba á acreditar la hipótesis de la maternidad; tanto menos, cuanto que la juventud, que en la mayor desbordábase fragante, inmarcesible, en la menor embebíase mustia, premarchita. Contrastaban como gloriosa tarde abriléña con helado amanecer decembrino: ambas hablaban poco y se manifestaban menos; pero, aun calladas, la contraposición reñía entre ellas. En la mayor, gestos, miradas y sonrisas eran hervor vital y explosiones de alma; su voz de soprano, alternativamente cristalina y aterciopelada, era caricia de los oídos; y si—rara vez—reía, las notas de su espontánea risa de perlas salpicaban de júbilo el espacio: la gracia, la salud, la vida y la pasión exhalábanse como á su pesar de su mutismo y reserva, aureolándola de un esplendor

casi visible. La menor, en cambio, parecía calcular sus movimientos, presupuestar sus gestos y palabras y acorazar su soberbia con blindaje de silencio, resuelta á envejecer áridamente primero que resignarse á ser efusiva, jubilosa, generosamente joven; despedían sus ojos grises la centella metálica del acero, y sus miradas cortantes apuñalaban de súbito y á traición. Más que dos mujeres, parecíanme dos símbolos de dos generaciones que viven: la una, bañada aún en los rayos del último romanticismo (el de Bécquer), amasada aún con sol de España, concebida en idealismo y en fervor místico, en gracia y en generosidad afectiva; la otra (la que despunta), cruzada de todos los exotismos, vaciada en moldes británicos, inmunizada contra todo españolismo como contra una infección, y desheredada, por tanto, de la gracia, la piedad y el lujo de vida, esplendor de raza en nuestras abuelas goyescas. De la una á la otra veíase el apagarse del alma étnica: era la europeización *despatriadora*, el acabóse de la casta. Aumentaba la diferencia entre ellas el doble luto de cuerpo y de alma que la mayor vestía para que esplendiese aún más su luminosa hermosura, como una aurora entre dos noches. ¿Por qué no compartían aquel luto? ¿Por qué no parecían compartir nada en la vida: ni afectos, ni emociones, ni gustos, ni pareceres, ni siquiera la luz que tan diversamente las alumbraba, como inflamándose en torno á la efusiva y cuajándose al contacto de la gélida? Y no cabía la hipótesis de inferioridad jerárquica

—¡imposible!—: eran las dos diversas, pero avasalladoramente altivas, dominadoras y aristocráticas; mas de haber entre ellas superioridad, ésta residía infaliblemente en la mayor, en quien era tan palpable el atavismo señorial, que yo mentalmente la llamaba «la ricahembra». Y aquí entraba lo anómalo, lo que más exaltaba mi curiosidad respecto á las dos incógnitas: el hecho inexplicable de que justamente «la ricahembra», la mayor, con todas las mayorías, la superior, con todas las superioridades físicas, estéticas, autoritarias, aristocráticas, era entre las dos la cohibida y sumisa. Y ¿por qué? En tan absurda inversión de dominio parecióme vislumbrar el drama íntimo de aquellas dos vidas. Mi curiosidad, de cada vez más estimulada por las complicaciones de aquel problema psicológico, llegó á convertirse en verdadera pasión, que trocó mi fisgoneo de ocioso en ávida observación, que participaba del análisis clínico y del espionaje policiaco.

No se me pregunte si mi curiosidad imprudente era toda hábito profesional, ó si había en ella estímulos más recónditos y efusivos; yo mismo no lo sé, aunque veces hay en que juraría que la mayor me interesó de veras, con interés del alto, y no interesado. Ello fué que llegué á convertirme en satélite y espía de las incógnitas, y que hubiese dado años de mi vida por penetrar el enigma de sus extrañas relaciones mutuas. Aquella increíble sumisión de la fuerte y mayestática, aquella irritante dictadura de la degenerada é inferior en todo, aquellas íntimas tristezas que

empapaban las raíces del alma y velaban la hermosura astral de mi ricahembra, y el súbito abatimiento que la tomaba al herirla el rayo metálico del mirar de la joven, ¿por qué? Tales rendimientos de alma sólo dos absolutos poderes los imponen: la pasión ó el remordimiento; pero tales móviles parecíanme ajenos á aquel drama, y díme á erigir y arruinar mentalmente las más absurdas hipótesis.

II

Absorto, al parecer, en la lectura de mis inseparables fajos de periódicos y revistas, ó preocupado en modificar el *menu* mediante prolijas prevenciones al camarero, mi atención, clavada en las desconocidas, anotaba aun los más nimios episodios de aquel combate de espíritus; mi sensibilidad seguía con ansia la lucha, sentía el peso de los largos silencios hostiles, el corte frío de los agresivos monosílabos de la joven, el ahogo de la ola de llanto que hinchaba el pecho de la ricahembra, salpicando á veces de temblantes gotas los áureos pistilos de sus pestañas. ¡Y cómo sentir desgraciada á aquella mujer tan perturbadoramente hermosa, y no declararse gallarda, españolamente, su paladín apasionado, y no romper lanzas ideales por ella, y no arder en ansias de penetrar el misterio de su dolor! Riá-

monos de correcciones y utilitarismos: nada nos interesa tanto como *lo que no nos importa*; por eso lo que no se acuña ni es útil es lo que más caro se paga, lo que enriquece á empresarios y editores, el alma del teatro, de la novela, del proceso: el interés dramático. Y cuando ese interés, por mitad incógnita que desafia al entendimiento y emoción sensacional que alborota instintos y afectos, encarna en una criatura de belleza sugestiva y de pasionalidad respirable, ¿quién es el varón que, arrancándose á tantas seducciones y prestigios, se marcha burguesamente por el alto motivo de que acabó su temporada de aguas?

Yo me quedé, resuelto á no moverme del balneario mientras en él permanecieran las incógnitas, y á declararme imbécil de solemnidad si en breve plazo no lograba penetrar el misterio de aquel drama íntimo. Pero el *desenlace*, inevitable y aquietador final de toda historia inventada, no se nos da tan infaliblemente en la vida, sino que á veces quiébranos entre las manos el hilo de la acción que más nos apasiona, y nos deja con una eterna interrogación hincada en el alma.

Una mañana, retrasado el correo por un percance ferroviario, llegó el cartero, no á la hora en que aguardábamos el almuerzo en el salón, sino cuando ya almorzábamos inquietos por su tardanza. Mucha correspondencia recibieron las anónimas, y toda, excepto una carta, para la «ricahembra», que, excitada por la emoción de las noticias, rasgaba sobres, ojeaba postales, re-

corría páginas de apretados ó extendidos caracteres, acogiendo con sonrisas luminosas y monosílabos expansivos el contexto afectuoso ó interesante. Entretanto la joven, que había recorrido con inquieto mirar su carta única, alargóse á la mayor—que entonces parecióme, no sé por qué, su madre—con el gesto cruel con que hubiera asestado contra ella un puñal. El hermoso semblante de la «ricahembra» palideció de súbito al entreleer con sobresalto la carta perturbadora, que parecía ruptura de amores; alzó de ella los ojos, mirando con inquietud y súplica á su hija, como pidiéndola perdón del contenido dramático del pliego; pero la hija—parecíamelo cada vez más—, como si se complaciese en exacerbar el materno suplicio, levantóse airada, rígida, terrible, y cruzó como ráfaga ciclónica el comedor seguida de su víctima, en quien toda su exquisita corrección no bastaba á disimular su desconcierto verdaderamente trágico. El íntimo drama transcendía á la acción. Pero... ¿qué había ocurrido?

III

Durante dos días después de la violenta escena de la carta no aportaron por el comedor las incógnitas ni logré averiguar nada de ellas. En la mañana del tercer día reaparecieron envueltas en

amplios guardapolvos y nubadas en sueltas gasas flotantes; deprisa y en silencio almorzaban frugalmente, como con ansia de escapar, mientras el enorme *autobús* del hotel ronflaba humeando ante el *perrón*, pronto á conducirlas á la estación ferroviaria del vecino pueblo. «¡Nada; que se me van dejándome con la eterna interrogación en los labios!», decíame yo, maldiciendo de mi duro caletre, que no alumbraba de súbito algún medio de arrancar su enigma á las desconocidas. Terminaban éstas nerviosamente su desayuno, cuando, haciendo gemir el *parquet* bajo su enorme personaza, entró Pepe Solares, el más ameno, informado, locuaz y bonachón de los *clubmen* madrileños. Flechado se fué á la mesa de las desconocidas—para él nadie lo era—, y con ellas charló á borbotones hasta dejarlas empaquetadas en el auto.

Con el júbilo de tener ya en mi mano el hilo del enigma, casi no sentí la partida de mi «ricahembra»—tan superior era mi curiosidad á mi interés por aquel drama—. Llamé á Pepe Solares, cebé su locuacidad con un espléndido almuerzo regado abundantísimamente con *champagne* y licores, y el «gran Pipo»—como en el Club le llamamos—, borracho de alcohol y de palabras, cantó de plano, refiriéndome la historia en estilo casinesco—«sólo para hombres»—, que yo transcribo según mi sentir, si bien dejándole algo del sabor de la narración *pipotesca*.

—¡Claro, claro que es para encender la curiosidad de un *novelistón*, maestrizo en *psicologis-*

terías, como lo es usted, hombre—excusa mía; libación de Pipo—, la historia de estas dos criaturas! Pues estas niñas (para mí lo son las dos) son las Castel-Dauro; es decir, la madre es la hija única del barón de Castel-Dauro, jugador de mala suerte, que murió en Panticosa tísico y arruinado. La baronesita de Castel-Dauro, esta preciosidad que no envejece, Inés, para que nos entendamos (su «ricahembra» de usted), casó por imposición materna con un Iturri... no sé cuántos: esos apellidos vascongados se me resisten; «Iturri, *el de los picores*», le llamábamos en el Casino, porque el hombre era un herpetismo con barbas: millonario hosco, feo y dos veces malhumorado, que vivió poco y dió mucho que hablar. Era el hombre duro, antipático, repulsivo por dentro y por fuera. Inesuca, una flor de gracia y de belleza; hija, además, de una señora célebre por su hermosura y amabilidades; y á mayor abundamiento, asediábala el grandísimo pillo de Olivares, tenorio irresistible; y... ello fué que en el Real, en el Club y por todo Madrid se habló de Inesuca, á mi parecer, mucho más de lo justo y de lo cierto. Murió Iturri en Ontaneda hecho un sanlázaro, y quedó Inés viuda con dos hijos: Carlos, que parecía réplica masculina de la hermosura incomparable de Inés; y Mercedes, esa niñita *sin gustos* que yo llamo «la estatua del *snobismo*», porque parece amasada con toda la frialdad desdeñosa que caracteriza á las tiasas chiquillas de ahora. Y llegamos al drama que á usted le preocupa—libación y resuello

bovino—. De los pormenores de la cosa no puedo darle á usted cuenta menuda; pero se lo referiré *en bloque*, según lo supimos todos, todos menos Inés, á la cual no llegó, según se cree, sino la sospecha del drama; esa sombra negra que se proyecta sobre su belleza de sol.

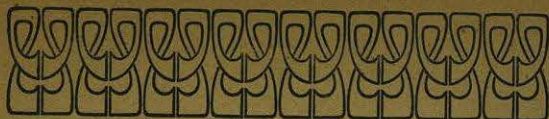
»Carlitos fué enviado clásicamente á Chamarín hasta el bachillerato, y después, para cursar leyes, á Deusto, á cargo de uno de los innumerables Iturris bilbaínos. En Deusto intimó Carlitos con Paco León, un madrileñito aristocrático y canijo de los que aprenden á hablar entre galopines y mozos de cuadra, y esconden bajo el barniz de cultura piadosa la levadura *canalla*. Paco León no era mal chico, pero muy suelto de lengua, y de cada verano de vacaciones aportaba á Deusto larga remesa de desvergonzadas malicias y escandalosas historias madrileñas bebidas de labios de su hermano Pepito, el *perdis* más sin *lacha* de todo Madrid, y de la gente de cuadra, con la cual siempre tuvo Paco intimidades *instructivas*. Carlos, que despuntaba de listo, puntual y estudioso en las clases, gustaba, sin duda, á modo de desquite, de reir y travesear locamente á las horas del recreo con Paco, su amigo, cuya charla punzante, desolladora y picantísima divertíale en extremo.

»Una tarde, jugando empeñadísima partida de *foot-ball*, con numeroso público de aficionados y jugadores, sobre *goal* de más ó de menos, riñeron encarnizadamente los dos camaradas entrañables.

»A Paco, rojo ya por la ira y por la agitación del juego, inflamósele la caliente sangre, y cuando Carlos, que jugaba en el contrario equipo, nególe la ventaja de un *goal* que León injustamente reclamaba, llamándole trapalón y embustero, perdió éste los estribos, y, encarándose con Carlos, gritó congestionado y fuera de sí:

»—¡Al fin, hijo de una mala hembra!—y soltó la injuria en crudo. Carlos cegó, partió loco de furor contra su contrario, el cual, recibéndole con los puños cerrados, arrojóle tan violentamente contra la tapia del patio en que jugaban, que se oyó un golpe sordo, un *crac* espeluznante, y se vió caer al hermoso muchacho hecho un ovillo. Acudieron todos, padres y compañeros. No había nada que hacer. Carlos estaba muerto: se había roto el cráneo.

»Merceditas (no sé por dónde) supo la verdad acerca de aquella trágica muerte. Inés la adivina, sin haber osado nunca preguntarla. Y... ese es el drama de la madre y de la hija: el pecado materno, difundido con la expiatoria muerte de Carlos, se proyecta sobre Mercedes como sombra de crimen y deshonor que ahuyenta todo posible marido—me expliqué la escena de la carta—. Y la adivinada tragedia es la fatídica proyección que obscurece toda la vida y toda el alma de Inés.



SOR SAN FRANCISCO

Al Marqués de Cerralbo.

I

En horas de angustia inolvidable conocí á la suavísima criatura, encarnación del espíritu-llama del Seraffín de Asís, cuyo nombre adoptó como religiosa. Velábamos las dos á la cabecera de un niño diftérico, un niño muy querido para mí; para sor San Francisco amado con el entrañable amor de caridad que ella ponía en los semejantes todos, con preferencia en los enfermos, con maternal delectación en los niños. Y en la alta noche, en esas horas de prestigio inefable en que las lindes de las dos vidas se borran y lo sobrenatural penetra en nosotros, en esas horas en que la gloria se volcaba en las celdas de los extáticos, sor San Francisco, humildemente, ve-

lando el fervor en la modestia, postrábase junto á la mesita donde entre pulverizadores y frascos de medicinas ardía la lámpara veladora, y junto al termómetro delator de las alarmantes temperaturas latía el cronómetro indicador del riguroso horario médico; cruzadas sus manos ebúrneas, afiladas, transparentes, ante el Cristo de metal que resplandecía sobre su hábito, velada la faz beata en el albor de las tocas, rezaba arrobadamente. Íbasele el semblante quedando quieto, gélido, como vacío del alma, é íbase expandiendo por la alcoba en penumbra un lácteo albor sídereo, una como difusa beatitud que instilaba sueño balsámico en los ojos del enfermito, y escanciaba en mi alma ignotas dulcedumbres. Improvisamente, sor San Francisco, en quien la enfermera velaba dentro de la contemplativa, levantábase como impulsada de resorte misterioso á punto que la hora sonaba en el reloj del comedor, y administraba al niño la taza de leche ó la poción de turno, adicionándolas antes con esos milagrosos filtros de amor sólo conocidos de las madres ó las enfermeras de caridad. Después mullía las almohadas, enjugaba el sudor en la frente del enfermito, imponía blandísimamente las yemas de sus índices sobre los calenturientos párpados, y el niño reposaba como nunca en las lívidas horas del amanecer, en que sor San Francisco, translúcida ya su carne mortal, y como transverberada por el rayo interior, alcanzaba la cumbre de sus místicas elevaciones.

II

Un día de los tempestuosos, plumbíferos de junio, cuando ya lo creíamos salvo, nuestro enfermito recayó súbitamente; la columnilla de mercurio del termómetro ascendió á los cuarenta, y el niño, sin carne ya donde la fiebre se cebase, cayó en letárgica postración, derritiéndose en sudores congojosos. Menudeó el doctor sus visitas, y en su creciente preocupación parecíanos leer el mortal desahucio. Al atardecer todos estábamos rendidos por esa hiperestésica actividad impotente que nos roe las vísceras al lado de los enfermos graves. La proximidad de la noche nos trajo una suprema esperanza: ¡sor San Francisco! Tácitamente todos lo esperábamos todo de aquella santa; hasta el milagro. Al más leve rumor exclamábamos: «¡Ella!» Tardísimo para nuestra ansiedad, unos pasos quedos, claustrales, suenan por las galerías. «¡Ahora sí que es!» La madre del niño corre á su encuentro; pero sus brazos, abiertos para abrazar ansiosamente, caen abatidos como dos alas rotas, y un ¡¡ah!! de intranscribible desaliento acoge á la humilde sor recién llegada, que justifica anonadada su presencia:

—¡No es sor San Francisco, señora mía, y

harto deploro sustituirla tan indignamente; pero está enferma, muy enferma, nuestra hermana!

Los ojos de la monja se inundan en llanto, y á nuestras afanosas preguntas acerca de la dolencia de sor San Francisco, responde entre acongojada y misteriosa:

—¡No sé; no sabemos lo que padece; el doctor no ve enfermedad! Es... ¡que el Señor la quiere para Sí!

En la gélida atmósfera del descorazonado recibimiento que le hicimos, la pobre hermana sustituta parecía disminuir, encogerse, pronta á borrarse y desaparecer, para no proyectar su tenue sombra sobre el claro resplandor de la presencia de sor San Francisco, que seguía llenando la casa. Pero la suave caridad de la hermanita nueva y un vívido fulgor de inteligencia que de todo su ser transcendía, captáronse pronto nuestro afecto, é inauguré con ella mis diálogos de media noche á propósito de sor San Francisco. Llamábase la sucesora sor Mercedes; era pequeña, nerviosa, vibrante; tenía la cara redonda, colorada, fresca como manzana, y los ojos garzos, vivísimos, velados por luengas pestañas, que daban sombra y prestigio á su mirar penetrante y ardoroso como místico dardo.

En las altas horas sagradas de la noche su voz celestemente velada sonaba suavísima:

—¡Sor San Francisco! ¡Ah; si á mí me fuese dado revelar á usted los dones con que Nuestro Señor enriqueció ese alma!... Pero... ¡no está bien que yo diga *ciertas cosas!* Nuestra hermana

—aunque con las alas ya tendidas—vive, es una de las nuestras.

Y hablaba sólo de las patentes virtudes de sor San Francisco y del visible extinguirse de su existencia como los olorosos granos del incienso sobre las ascuas vivas, exhalándose en amor.

Al tercer día de sus velas, sor Mercedes llegó demudada:

—¡Sor San Francisco se nos muere; y... aunque nos deja por la bienaventuranza, nuestro corazón de carne se aflige! ¡Sor San Francisco era una santa; pero no de las austeramente despegadas de la vida, sino, como el Pobrecillo de Asís, amadora hasta de los pajaritos del cielo, del agua que corre y de las yerbezuelas del campo, como de hechuras de Dios y hermanos nuestros; una santa que se derrite en amor! ¡Y ahora puedo decirlo, porque su alma toca en las puertas del cielo—se despidió de mí rogándome que al sonar el *Angelus* rezase por ella—; ahora puedo decirlo, que fué capaz del martirio y... realizó milagros, milagros de caridad é inmolación por el prójimo! Y para que usted no lo dude, voy á contarle uno que entre nosotras llamamos «el milagro de sor San Francisco», porque sólo fuerzas sobrenaturales realizarían aquel prodigio que yo presencié y que decidió mi vocación religiosa.

III

»Yo era pobre y de humilde familia: huérfana desde mi niñez, recogíome una prima de mi madre, señora millonaria, casada con un don Miguel de Urrea, caballero rico también y generoso, pero de extraño carácter, que vivía recluso y leyendo siempre, por lo que le llamaban «el filósofo», y de él se murmuraba que era un ateo furibundo, que, aunque pasivo en apariencia, trabajaba en un formidable libro con que pretendía demoler lo temporal y lo eterno. Tenían mis tíos dos hijas, Carmen y Teresa, que fueron para mí hermanas entrañables; y tanto ellas como mi amadísima tía eran grandes cristianas, en alma y cuerpo consagradas á la virtud. Así, todo el abismo que media entre el fervoroso creer y el negar desesperado separó á don Miguel de su esposa y de sus hijas, acercándolas á ellas cada vez más á Dios, de quien impetraban con lágrimas y penitencias la conversión del incrédulo, y hundiéndole á él cada vez más en el aislamiento de su salón-biblioteca, donde leía y escribía sumido en un maremágnum de libros que subían como inundación, comidos de ratones y polillas, porque don Miguel no consentía que alma viviente penetrase en su antro. Confieso que en él en-

tré, y leí á escondidas harto más que debiera. Murió mi pobre tía inconsolable por la impenitente incredulidad de su marido, al cual todas las ternuras que tendría acumuladas en el alma y que á nadie prodigó, con el dolor de la viudez y con el pesar de los muchos que ocasionó á aquella santa, convirtiéronse en hieles y en acíbares, según se volvió de irascible y malhumorado, sobre retraído é hirsuto como nunca. Con lo que mis primas y yo pasábamos los días llorando á la muerta y huyendo las asperezas del vivo. Quiso Nuestro Señor que á éste le acometiera una terrible enfermedad, que los médicos bautizaron con revesados y diferentes nombres, pero que, en resolución, dejóle paralítico de todo el cuerpo, y convertido en estatua de hielo con cabeza de brasa, porque toda su vida concentróse en el cerebro, en los ojos y en la lengua, que tenía como nunca libre y expedita, soltándola él sin freno ni temores para blasfemar horrendamente de Dios Nuestro Señor y de todo lo sagrado. Con lo cual á mis primas y á mí nos tenía tan sobrecogidas, que le asistíamos—y la asistencia era total, porque no movía pie ni mano—temblosas y rezando mentalmente. Pero como si la piedad le exaltase y la mansedumbre le exasperara, mi pobre tío llegó á extremos tales de rabia demente, de furia hidrofóbica de puro violenta, que, atemorizadas é impotentes para contenerle, llamamos á un enfermero, al cual maltrató, mordiéndole las manos, injuriándole y escupiéndole al rostro, de suerte que al segundo

día despidióse, protestando de que «¡por dineros del mundo no bregaría él con semejante furia!» Afigidas, entonces llamamos á un hermano Camilo, con el cual extremó aún más sus furoros que con el enfermero laico. La dolencia de don Miguel, que tenía, sin duda, algo de medular, atravesaba aguda crisis; sus hijas se oponían resueltamente á enviarle á un manicomio ó casa de salud, resolución que ellas rechazaban por cariño y que les hubiese atraído la calumnia de los mal informados, que de fijo la interpretarían así: «Las *beatonas* de las hijas odiaban al «filósofo», »y le encierran para apropiarse su dinero.»

»En tal apuro, nuestro confesor nos envió á sor San Francisco, que fué nuestro supremo recurso. Recibióla el tullido con una carcajada sarcástica que helaba la sangre, y volcó sobre ella el torrente de injurias y blasfemias que manaba inagotable de sus labios. Arrojóla furibundo de su casa, y nos mandó que la pusiéramos en la calle inmediatamente. La religiosa permaneció impasible, ni una fibra de su organismo pareció alterarse; aguardó la hora de las medicinas, y acudió á administrarlas al paciente con manos tan expertamente delicadas, con serenidad tan del cielo, que por primera vez don Miguel restañó el blasfemar y pareció sobrecogido y como aplanado ante aquella virtud sobrehumana. Pero comprendiendo que aquella pasividad era tácita confesión de derrota, viósele convocar sus dispersas iras, excitar su amansada cólera y volver á la carga con el furor exacerbado de los que se

reconocen injustos. Aquella noche tuvimos verdadero miedo: al acercarse sor San Francisco á la cama con la cuchara llena de cloral, el enfermo le asió la mano de súbito y clavó en ella con loca furia sus dientes; la hermana exhaló un gemido y el frenético soltó la presa: la sangre manaba abundantísima de la dulce mano herida; las tres llorábamos al venderla; á don Miguel acometióle una extraña congoja, y la santa enfermera, sin consentir que llamásemos médico que la curara, corrió á calmar y á consolar al doliente con tal ciencia de amor y suavidad, que nos pareció haber visto lágrimas en los ojos del «filósofo». Cuando éste, sosegado, parecía dormir, sor San Francisco nos dijo con aquella sobrehumana misericordia y penetración de las almas que son dones de los santos:

»—Este pobrecito padece grave enfermedad espiritual, origen acaso de la física: tiene sed de Dios, mal inconfesado que hoy consume á muchas almas. La soberbia intelectual, madre de incrédulos, no le consiente buscar la única agua que calmaría esa sed: ¡Dios mismo! Niégase él en su orgullo á aceptar un Dios que él no haya inventado ó no comprenda. ¡Como si el dios inventado ó comprendido por nuestra limitación pudiera ser Dios! Y ese ansiar á Dios y ese rechazarle le matan física y espiritualmente.

»La sor resplandecía hablando así. La miré con asombro, y apresuróse á declinar todo mérito.

»Esto decía aquella iluminada hermana; y era lo grande que se lo decía al propio don Mi-

guel, afrontando serena sus furias; y don Miguel, aplastado bajo las razones de ella, salía con este desplante blasfemo:

»—Pero... ¿qué falta nos hace Dios, hermanita hipócrita?

»—¿Que qué falta nos hace Dios? ¡Mucha más falta que la luz á las pupilas y el agua á la sed de nuestros labios! Dios es la luz de nuestra mirada interior y el agua de nuestra sed de infinito, de esa sed de que yo vivo y usted se muere!

»Don Miguel se desataba primero en negaciones absolutas, en demostraciones que él quería dar por infalibles de la no existencia de Dios, de la potencia creadora de la materia autogénica, de la farsa de las teogonías, y de sus histriones é *histrionisas* hipócritas; y, por último, explotábase en injurias soeces y en amenazas brutales contra la santa, que le contestaba serena:

»—Cálmese, hermano; que yo sé que usted me odia porque represento lo que más hondamente le perturba; porque su ser de usted, partido en dos campos, niega con el cerebro, y con el corazón ansia creer y amar infinitamente. Yo represento lo que á usted más le exalta: ¡la existencia de Dios! Porque si Dios no existiera, si una fuerza, un amor más que humanos no me sostuviesen, ¿cómo yo, débil mujer de carne, había de resistir este...—sus labios temblorosos, blancos de justa indignación, iban á articular: «este cruel martirio, este inhumano asaeteo de injurias»; pero, venciendo heroicamente, pronunció: —esta prueba difícil para mi flaqueza que el Señor me envía?

»Y de sus ojos, traicionando la voluntad, se desbordaron las lágrimas. Don Miguel enmudeció por toda aquella noche. Pero había una maligna complacencia de enfermo incurable y desesperado, y quizás en el fondo—como sor San Francisco decía—una esperanza de ser vencido, para poder creer al fin á plena alma y sin remordimientos ateos, en aquel insistente asalto y reto insultante á la fe de la hermana, puesta por él á prueba de tormento en largas, encarnizadas discusiones, erizadas de argucias, de sofismas y emboscadas, ó en bárbaros raptos y estallidos de furia, en agresiones dementes, ó en sarcásticas burlas ultrajantes como salivazos en plena faz. Una noche le dijo:

»—Monja, ó grandísima farsanta, si usted tuviese, no digo virtud—en que no creo—, sino dignidad humana, y... ¡eso que sale á las mejillas!, ¿tendría valor para aguantar cuantas injurias le disparo, y para volver como si tal cosa á esta casa, de donde la arrojo como á un perro diariamente?

»La cara de sor San Francisco enrojeció hasta el filo de las tocas; una viva ola de fuego, de noble vergüenza, de santa indignación, de mortal desengaño, al ver perdido el fruto de su larga tortura, pareció ahogarla; rompió en un sollozo, estalló en una formidable explosión de llanto. Las energías sensitivas de sor San Francisco parecían romperse, habían llegado al límite del esfuerzo humano; pero... ¡aun lo excedieron! Tragóse las lágrimas, apuró el cáliz todo, com-

puso el semblante, serenóse como por milagro, y... ¡extremó con el enfermo la suavidad celestial de su solícita asistencia! Don Miguel, mudo, pálido, como abochornado de sí mismo, cerrados los ojos, ó escondida entre las sábanas la cabeza, permaneció inmóvil como estatua dos días. Su actitud *inofensiva* alarmó á sor San Francisco.

»—*¡Ni me insulta!*—lamentaba santamente—; y éste es síntoma de total apatía y postración!

»Acercóse á la cama, esperando como signo vital alguna injuria, y el enfermo, mirándola entre risueño, cobarde y emocionado, díjole, rebozando en burlas su conmoción insólita:

»—*¡Monja de los demontres...*, acérquese! ¡Hoy no muerdo! Y... hasta voy á pedirle que me... dispense lo salvaje, lo bárbaro que he sido para con usted. Pero... los enfermos... ¿sabe?—*¡Vaya si sabía la hermana, que absolvió amorosamente!*—Bueno; usted me lo... perdona. ¡Y... cuidado que perdonar es! ¡Y llora!... Pues ahora sí que voy creyendo que... ¡Vaya! ¡Fuera tapujos, que llega la hora de la verdad! ¡Ahora sí que creo en el Dios de usted, que le ha dado fuerzas para resistirme, y amor... para penetrarme las entrañas!

»Y rompió á llorar con un llanto en que se exprimían el dolor y el amor de toda una vida represados, y comenzó á besar fervorosamente las manos, y como ella las huyese, el rosario, el cordón, el borde del hábito de la santa. ¡Fué aquella una hora de cielo!»